

rarla con nuestras obras mas que con palabras, que nunca serán tan meritorias para María, como una obra conforme á los preceptos de su enseñanza. Las palabras lisonjeras, las que sin tener ese carácter se usan para describir, si es posible, las bellezas morales y materiales de María, no son para ella, como para los príncipes de la tierra que se pagan del incienso de la lisonja, y no buscan tanto la buena correspondencia y cumplimiento de las órdenes que dan, cuanto la ciega aprobacion de sus actos, aunque sean extravagantes. Mas vale á los ojos de la madre de Dios una accion buena practicada al recordar su leccion, que no cuanto el mas digno orador pudiera decir en su obsequio. Si la esposa, al buscar medios de resistir la voluntad de su esposo, se acuerda de la purificacion de la Virgen, reconoce lo bella que fué su obediencia y procura imitarla, desistiendo de su intento, honrará mas á quien le dió el ejemplo, que el que asegurase y repitiese cien veces: ¡Madre de Dios, sois la mas perfecta de las criaturas! porque las palabras nada suponen, cuando no son representacion de los sentimientos del corazon; y no representan sentimiento, las que dirige aquel, que reconociendo la bondad de Dios y las perfecciones de la Virgen, niega la obediencia al Hijo y desecha los ejemplos de su divina Madre. Más la honrará el hijo de familias, que por su recuerdo ceda sumiso á la voluntad paterna, que no el que vaya todos los días á cantarle salves y no cuide de imitar sus virtudes. Á este tenor serán siempre mas agradables á sus ojos aquellos que cumplan sus lecciones, que no los que repitan que es la mejor maestra, con los diferentes temas que preste la abundancia y fácil estructura de la mas rica lengua.

Pero no fué solo la obediencia lo que nos enseñó María, cuando fué al templo para purificarse: nos enseñó tambien la devocion; y yo, cumpliendo mi mision en este día consagrado al recuerdo de tan bellas cualidades, os hablaré de la devocion, como me propuse al principio de mi discurso.

La devocion es, segun san Agustín, amados oyentes míos, la conversion de nuestra mente al Criador con un afecto humilde y piadoso: humilde, considerando nuestra pequeñez; y piadoso, pensando en la dulzura de la clemencia divina: y en el sentido comun, que define las palabras mas con arreglo á sus efectos que en su verdadero significado, es la devocion el cumplimiento de actos religiosos que no están expresamente manda-

dos por la ley. Ya se considere de un modo, ya de otro, María aparecerá un modelo de devocion y un testimonio vivo que condena la persecucion que se levanta contra las prácticas religiosas, haciendo una cruzada contra ellas, porque en sus acciones resplandece siempre un afecto de humildad y de piedad, que contrasta mucho con lo que en punto á devocion vemos comunmente.

La humildad en no considerarse la Virgen nunca la mas perfecta de las criaturas, como en realidad lo era, se retrata bien en las palabras que contestó al ángel, cuando viniendo á anunciarle que seria madre de Dios, dijo: *Ecce ancilla Domini*: hé aquí la sierva del Señor. ¿Cabe un afecto de humildad mayor del que representan estas sencillas, pero elocuentes palabras? Se le anuncia que sus virtudes han hallado gracia delante del Señor, que su mérito no quedará sepultado en la tierra, porque ha llegado á ser conocido y apreciado en el cielo: se le dice que es la elegida para ser madre de Dios; y ella contesta: *Ecce ancilla Domini*; hé aquí la sierva del Señor; y en su purificacion lo acreditó tambien, yendo al templo á la manera de las mas necesitadas.

En cuanto al efecto de piedad, bien lo demuestra por sí el hecho, que motiva esta festividad, porque piadosa es el alma, que poseyendo los privilegios que tenia la escogida por Dios, como la mejor de las criaturas, acepta por devocion, no por obligacion, la purificacion, y va á consagrar en el templo al que lo consagra por sí; pudiéndose decir, que en tal ocasion el templo fué el honrado, no el que dió honor á los que concurrieron á él. Pero su piedad, su placer en adorar todo cuanto pertenecía á su Dios, no era contenida por la dignidad y por las cualidades brillantes que constituían su alma incomparable.

La piedad que se demuestra en los corazones, siempre deseosos de que sea honrado Dios por los demas hombres, descuellan tambien en la complacencia, que María ostentó en prestar un medio de propagacion del sentimiento religioso, que tanto sirve para adquirir la divina gracia. Las cualidades pues que constituyen la devocion, conforme os la definí con san Agustín, existian en María, y así la devocion reinaba en su alma como en su centro.

Bajo el supuesto de ser la devocion un exceso en el cumplimiento de los deberes con el fin de agradecer á Dios, no es posi-

ble que resalte mas que en la humildad y piedad que acompañaron á la purificacion de María, porque, segun os he dicho anteriormente, ninguna clase de obligacion tenia de ir al templo, siendo el acto de su purificacion una verdadera devocion.

Ahora, con el fin de proporcionar las verdaderas honras en que se complace María, que consisten en la mejora de nuestras costumbres, os diré algo respecto de los que esquivan los actos devotos, por motivos en verdad poco disculpables y que les acarrearán lágrimas inútiles de dolor. Para probaros hasta dónde llegó su devocion, primero os recordaré lo que sacrificó á este afecto de humildad y de piedad para con Dios, por medio de algunas reflexiones que os la harán conocer mejor. Ya sabéis cuán doloroso es á cualquier mortal renunciar al deseo de que sean conocidas aquellas virtudes que tiene en mas estima, y en el concepto de mortal, María no podia ménos de apreciar la que á sus ojos la hacia digna de las distinciones que obtuvo de su divino Hijo, y era su virginidad. Pues bien, esta cualidad tan rara y brillante, que nunca perdió, no solo no fué ostentada por ella, sino que al ir al templo á purificarse hizo una confesion tácita á los que juzgan por lo que ven, de que en ella no existia, y se colocó á la par de las mujeres comunes, solo por cumplir con un acto de devocion. Satisfecha de que Dios la aprecia por lo que es, ¿de qué le sirven á ella las ideas que los hombres formen de sus divinos dotes? Tal es la reflexion á que fué movida por su devocion.

Entre los que vivimos en este siglo, en que todo se sacrifica á la apariencia y al vil interes, ¿hay una alma del temple de María, que sacrifique á su celo por Dios lo que la hace apreciable á sus ojos y á los de los demas? Nosotros, que no sabemos resistir al que dirán y á las hablillas del mundo, y que solo procuramos salvar las apariencias, no somos capaces, no digo por celo religioso, pero ni por obligacion, de renunciar á la fama y á ser tenidos en el concepto de poseer cualidades desfavorables, y mucho ménos las contrarias á las buenas que nos adornan, porque buscamos la recompensa de nuestras virtudes en este mundo, no en la vida eterna, donde la buscan las almas santas y verdaderamente devotas, como la de María. ¡Cuántas veces por el contrario sacrificamos la ley de Dios á la opinion del mundo!

La vanidad nos detiene siempre en el pecado; y no sabemos

renunciar á él, temiendo que un cambio de vida mejor no merezca el aplauso de nuestros compañeros de desórdenes y extravíos; y fluctuando entre el temor de ser pecadores á los ojos de Dios, y de ser desestimados por el mundo, renunciemos á los actos de devocion, que tantos beneficios nos acarrearían decidiéndonos á imitar, aunque mal, á María. Si en lugar de concurrir á los sitios, en que la maledicencia y los compromisos nos ligan con el pecado, fuésemos las horas que nos restan de nuestras faenas, al templo, á socorrer á los desgraciados, ó á practicar alguno de los infinitos medios que tienen las almas devotas para ocupar los ratos, que los mas consagramos á la ociosidad ó á esa actividad de compromisos mundanos, de donde nacen tantos y tantos males; conseguiríamos remover el mayor obstáculo á la devocion, que es la vanidad, porque siendo aquella un afecto de humildad, no puede hallar cabida en los que están poseídos de un afecto de vanidad. La vanidad no nace en la soledad; y así vemos que los vanos y orgullosos existen en mayor número en las grandes ciudades y en las reuniones, en que todos aspiran á parecer los mejores y los primeros. Debemos huir de los vicios para combatirlos, y solo se huye de la vanidad, cuando se renuncia á la vida mundana. La sencillez y hospitalidad, tan celebradas de la vida patriarcal y de los primeros tiempos, no eran debidas á otros motivos que al aislamiento en que vivian las familias, no viéndose nunca mas que con un objeto determinado, que cumplido producía inmediatamente una nueva é ilimitada separacion.

Algunos hay que se apartan de ciertos vicios y que no son vanos, ó no son jugadores; pero no es el motivo de separarse de ellos el espíritu de devocion, ni la ambicion de hacerse gratos á los ojos de Dios, ni de su divina Madre, constante intercesora de la humanidad afligida, sino porque se dedican á otros, ya incurriendo en un cinismo ó desvergüenza repugnantes, ó en la pereza, ó en la avaricia que les son mas gratas. Lo que tambien solemos hacer alguna vez, no por amor de Dios, sino por un amor desordenado de nosotros mismos, es renunciar á nuestros vicios, temerosos de que nos acarreen el desprecio universal; pero no nos mueve á tan laudable objeto la devocion, ni sacrificamos á ella, como María, hasta las virtudes que poseemos. Sacrificar por complacencia nuestra una pasion ó un vicio, esperando sacar de ello una mundana recompensa, ¿se

parece en algo al sacrificio que hizo María ostentando una impureza que jamas tuvo?

Cuando consideréis costoso el sacrificio de un vicio ó una pasion, que está amenazando una condenacion eterna, por término de vuestra existencia, acordáos de lo que sacrificó María al ir al templo, entregando dos palomas en cambio de la purificacion, que suponía una impureza, de que era incapaz la nacida sin pecado original, y sin la propension á la desobediencia que tenemos los descendientes del primer hombre. Entendéd que el sacrificio de una pasion ó de un vicio es costoso; pero que lo es mucho mas el de una virtud que causa nuestras delicias y nos precisa á confesarnos culpables. Ya habréis oído celebrar las acciones raras de algunos, que por salvar á un amigo de una muerte afrentosa, se han confesado reos de un crimen que no tenían, y que esto es tan raro, que pasa por lo regular como propio de novela, aunque la historia nos trasmita algunos sucesos de estas generosas peleas en que un padre y un hijo, ó dos amigos se disputaban el placer de morir uno por otro, confesándose todos reos. Pues mas es todavía la abnegacion de María, porque en los hechos del género que os acabo de indicar, se confesaban reos aquellos por hacer un favor al objeto de una pasion que les arrebatava el ánimo; pero en María no era una pasion ciega ni decidida por objeto de este género, sino el amor á su Dios y á la humanidad entera, á quien quiso prestar un eminente servicio, dándole tan sublime ejemplo.

Os he manifestado, amados oyentes, el origen de la solemnidad de hoy, cuyo objeto es dejar indelebles recuerdos de la inapreciable accion de la vírgen María, cuando, pura y vírgen, por un espíritu de obediencia y devocion propio de su amor á Dios, fué á pedir que la purificara un sacerdote, que tal vez, como os he dicho, era alguno de los que tanto persiguieron despues á su divino Hijo. Os he hecho conocer la idea que nos dió de la obediencia á las leyes establecidas y de su devocion, sujetándose por causa de una y otra virtud á la consumacion de un acto de que estaba exenta, hablando en el sentido de la justicia solamente, y no elevando nuestra consideracion sobre tal accion al terreno de los divinos éxtasis y complacencia, que almas, como la de María, gozan siendo en todo virtuosas; y ahora me resta recordaros un incidente que hace resaltar mas y mas el todo de cuanto llevo dicho, y de que hace mencion el

Evangelio de hoy, para estimularos á hacer á María los verdaderos honores.

Habia concurrido por inspiracion divina al templo de Jerusalem un hombre santo y respetado, llamado Simeon, á quien Dios habia prometido que veria al Mesías anunciado por los profetas; y cuando la Vírgen entró con Jesus en el templo, Simeon inspirado se acercó á Jesus, y reconociendo en él al Salvador del mundo, trasportado de gozo le cogió en sus brazos, manifestando una singular alegría y prediciendo la salvacion, no solo del pueblo judío, sino de todos los pueblos de la tierra. Entónces escuchando con admiracion lo que Simeon decia, otra anciana y respetable viuda, que hacia penitencia y habitaba en los lugares de asilo del templo, desde que enviudó á los siete años de casada, hasta los ochenta y cuatro, llegó donde Simeon estaba, y á su vez confirmó lo que Simeon decia, uniendo á la suya sus alabanzas. Con este acto de público testimonio en favor de la divinidad de Jesucristo, otra madre se hubiera envaneido; pero María en nada mudó sus costumbres, y correspondió con tan santa conducta al aprecio que le dispensó Dios, al elegirla como la mejor de las criaturas.

En vista de estas maravillas de virtud ¿qué nos resta hacer á nosotros, míseros pecadores? Sabremos que existieron en María, ¿y no excitarán nuestro corazon para nada? Las veremos practicadas en su presentacion al templo, y ¿olvidaremos que tenemos un porvenir mas allá de la vida perecedera, y que nuestro indiferentismo será justamente castigado? Se nos recuerda por la Iglesia con augustas ceremonias la purificacion de la purísima María, y ¿nosotros nos estaremos viviendo en medio de la impureza de los pecados, sin buscar los medios de salir de un estado inmundo? ¿Saldremos de este templo, despues de haber oído cómo se llega á ser obediente y devoto, y al pisar las calles que lo rodean, haremos resistencia á Dios perpetrando nuevas rebeliones á su ley, ó buscando medios de disipar la vida que debíamos dedicar á la devocion?

Ay de los que sigan esa conducta! ¡ay de los que dejando de honrar á la celestial Maestra cumpliendo con sus preceptos, se ocupen en sí solos, y nada den á la ley y á la devocion! La Madre de Dios, si no será su enemiga, porque no cabe el odio en su corazon, los abandonará en sus tribulaciones; y solos, sin el auxilio de tan poderosa y eficaz intercesora, ¿qué harán? ¿Vol-

verán á la vida de los justos y á la esperanza de los buenos cristianos? No podrán, porque el enemigo de nuestras almas, el que procura por todos medios su condenacion, no abandona su presa con facilidad; y el hombre solo difícilmente le vence.

Recibid pues el aviso de un ministro del Señor. Á los cánticos de honor en obsequio de la mas perfecta de las criaturas posibles, unid la práctica de aquellas acciones, que se acerquen á sus virtudes inimitables, y rogádle que os conserve siempre las buenas intenciones de ser sus buenos discípulos, y sin duda os escuchará. Si alguna vez os veis afligidos, venid, como ella vino al templo para purificaros; mostrad obediencia á las leyes de Dios y devocion á los actos religiosos, y entónces, hincando la rodilla, podréis decir: Madre de Dios, protectora de la humanidad; tú, á cuyo influjo se abren las doradas puertas de la mansion de los justos, y cuya bondad llena de gozo el corazon del Eterno, acoge el ruego de un miserable pecador; busca camino, por donde mi alma ciega marche siempre en direccion recta, y consigue en mi favor, que por los méritos que tuvieron á los ojos de Dios tu obediencia y devocion en el acto de la purificacion, yo pueda ser justo en esta vida y premiado en la otra con la gloria, que os deseo á todos. Amen.

SERMON

DE LA

ASUNCION DE MARÍA SANTÍSIMA.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Veni, coronaberis.

Ven, y serás coronada.

Cantares, c. 4. v. 8.

Qué consuelo, Iglesia santa! ; qué dulce confianza no deben inspirarte estas palabras dirigidas á la madre del casto Amor en el momento de su asuncion al trono de su gloria! momento feliz, destinado por Dios para ensalzar las humillaciones de su madre, y coronar sus heroicas virtudes. Ó muerte de María! qué preciosa fuiste á los ojos del Señor! Ni tu cercanía causó en ella temor, ni dolor tu presencia. Tú enjugaste sus lágrimas, anunciaste su triunfo, colmaste sus deseos, haciéndola elevarse sobre un trono de gloria, donde reinará eternamente.

No juzguéis pues, señores, de la muerte de María por la de los demas mortales. De éstos el mas intrépido se turba en aquella hora, segun la expresion del Espíritu santo. La memoria de lo pasado, el dolor de lo presente y el temor de lo futuro, todo le atormenta y le sirve de suplicio. El mundo que huye, el sepulcro que le espera, la eternidad que se acerca, la conciencia que le acusa, y la idea de un Dios justo, en cuyas manos va á caer, ; no son otros tantos motivos de afliccion para el moribundo?

Mas nada de esto sucede en orden á María: exenta de la culpa original y libre de toda culpa actual, su muerte fué un